

de su proteccion y fortaleza contra los enemigos de tu salvacion, y desde cuyo seno te hará pasar sin tropiezo á la tierra prometida, que es el Reyno de los cielos, el que deseo para todos mis oyentes, en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo. Amen.

El amor que á él solo debes tener. Esta resolución decisiva de tu salud eterna es la misma que, según la expresión del Apóstol San Pablo en su carta á los Hebreos, tuvo en otro tiempo el Patriarca Noé: este varón justo ansioso de salvar su persona en la inundación general de las aguas, se resolvió á fabricar una arca en que dispuso encerrar á su familia y á las bestias que antes de él se para no perecer en el diluvio que amanzaba á toda la tierra; de este mismo modo temeroso de ser sumergida en el torrente de iniquidades, que inundará el siglo, te has propuesto abandonar tu misma sangre, y ocultarte en la sagrada Arca de la Religión para asegurar por este medio tu salvación eterna; á este fin gobernándote por un conocimiento recto y juicioso desprecias al mundo, y esto es efecto de tu prudencia; te desprendes del mundo, y en esto consiste tu descanso: huyes del mundo, y así aseguras tu eterna salud: *Esce in domo Dei mei, magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.*

He aquí, dichas Bartolina, las grandes ventajas de la profesion solemne que hoy vas á abitar. Sales como Israel en otro tiempo de la tierra de Egipto, y entras en el desierto de los clausuros, en donde no encontrarás obstáculo alguno para vivir bien; en donde ofrecerás tranquilamente tus sacrificios al Señor: en cuya soledad te alimentará con el maná de su divina palabra: te ilustrará con las luces de su verdad; y te inundará con las aguas de su gracia, en donde te cubrirá con la nube

SERMON XI. EN LA RECEPCION DE DOS RELIGIOSAS CARMELITAS.

Accedens ad servitutem Dei, prepara animam tuam ad tentationem.

Ecle. cap. 2. v. 2. Quando empieces á servir á Dios, dispon tu alma para la tentacion.

Que haya de venir yo, hijas, á importunar vuestra quietud en el día de vuestra alegría! Que haya de mezclar los armónicos vivas de la victoria con los tristes ecos de la guerra! Podré desentenderme en el día de vuestras bodas de aquel dulce convite del Esposo al huerto de delicias donde me consigo mismo con el nudo mas sagrado las vírgenes que se le consagran (a)? No vienen mejor á esta santa ceremonia aquellas palabras del Profeta, en que promete el Señor á los que le siguen una mansion de paz, unas tiendas de seguridad y de confianza, un asilo de dulzura y abundancia (b)? ¿A qué fin preveniros al combate, tocar al arma y comenzar la guerra, la guerra compañera inseparable del trabajo, la guerra enemiga de la quietud, la guerra donde suele pelearse con variá fortuna?

Hijas, no lo extrañeis; son fuertes los atractivos de la Religión. ¿Quién podrá negarlo? Aquí se encuentra una serpiente de bronce cuya vista

(a) Prov. cap. 1. v. 2. (b) Isai. cap. 54. v. 3.

sana las mas crueles mordeduras, el maná que cae del cielo suple con abundancia quanto falta, las piedras se convierten en copiosas fuentes, se vive baxo la conducta de un Moysés, que desarma á los mas fuertes. Esto es verdad; pero igualmente lo es que en el camino que emprendeis se encuentran serpientes cuyas heridas son mortales y aguas amargas: falta algunas veces el pan: se secan los arroyos, los enemigos se insolentan, y Amalech ha atado al carro de su triunfo no pocas vírgenes locas. Quiero decir, que hay redes en el Tabor, según la expresión de un Profeta, como en las llanuras de Samaria.

No creais á aquellas almas que nada temen en la carrera de la sabiduría, que caminan sin precaución, y sin defensa. No hagais hijas un juicio tan distante de la verdad. Desde el momento en que os dedicais al Señor, dad por sentado que entráis en el campo de la prueba y de la tentación. Oid pues para que camineis con cautela: *Præpara animam tuam ad tentationem*: sufrireis tentaciones de fervor, tentaciones de disgusto, tentaciones de tibieza. He ahí lo que voy á prevenir para que no quedeis vencidas.

PUNTO PRIMERO.

Vosotras entráis en el camino de la devoción, ¡O qué resplandor, qué dulzura, qué gustos divinos, qué incendios, qué éxtasis de divino amor sentireis en la bodega del Esposo! Allí se encuentra un placer, dice Salomon, que aventaja al convite mas delicado (a): allí los consuelos espirituales que compara San Juan al maná escondido que sabe á todo (b): allí una mano consoladora tan prodiga de

(a) Prov. cap. 15. (b) Apoc. cap. 2. (c) Cant. cap. 2. (d) Cant. cap. 2.

favores que hizo asegurar á San Bernardo, que eran dulcísimas las amarguras de los justos; y á San Cipriano, que las lágrimas de los penitentes eran mas agradables que las representaciones de los teatros.

Con esta santa embriaguez saldreis de vosotras mismas, desafiareis los peligros, ansiareis por las prácticas de piedad, desafiareis con el Apóstol los peligros para probar si son capaces de entibiar el amor al divino Esposo.

Os parece hijas, que ya no hay que temer? ¡Ah! y si soltais la rienda al amor propio, que presto os hallareis en una region de tinieblas. Con este falso fervor añadiréis ejercicios extraordinarios sin discrecion y sin licencia: querreis pasar por la mas mortificada de la casa: os dominará el espíritu de singularidad: orareis quando las demas duermen, y querreis dormir quando ellas oran: débiles para el ayuno en el dia de regla, y robustas en el tiempo de recreación: destinadas al trabajo corporal, pasareis todo el dia en la contemplación, amareis los ocios de María, y aborrecereis las ocupaciones de Marta: quando os envien al huerto, querreis ir al coro: dexareis el azadon, y tomareis en la mano el breviario, que no conviene á vuestro estado: alegareis que mas tiempo de oracion teniais en el siglo: que el trabajo exterior os distrae, y no osareis moveros, como dice con su acostumbrada gracia Santa Teresa, temiendo que se os vaya de las manos el recogimiento; os preocupará tanto el capricho, que llegareis á decir como David: *Non movebor* (a), no abandonaré mi dictamen, porque voy bien.

Esta es aquella tentación con que el demonio triunfa mas de una vez, como asegura Santa Teresa en el libro de la Perfección: tentación de fervor que

(a) Psalm. 29.

limita la virtud. El que se dexa poseer de ella, solo obra á lo que le incita su temperamento, se exercitará en obras de penitencia, y huirá los abatimientos de la humildad, tendrá amor al retiro, y perderá el mérito del trabajo. Vendrá dia en que oyga esta reprehension: *Hæc oportuit facere, et illa non omittere* (a).

Tentacion de fervor que hace á la virtud indiscreta. Este fervor todo es extravagancia y arrebatos, ni consulta la ley, ni da oido á la razon; lo que es solo de consejo practica antes que lo que es de precepto; muchas oraciones y poca negacion de si misma; muchos silicios y poca humildad, muchos suspiros y poca mortificacion interior: se hace mas de lo que Dios quiere, y no se hace lo que Dios quiere. Fervor de Fariseos, que no comian sin lavarse las manos, y jamas purificaron el corazon.

Tentacion de fervor, que hace á la virtud inconstante. Estos fervorosos que quieren hacerse Santos, segun su propia idea, pasan de un sistema de devocion á otro sistema, todo lo empiezan, nada acaban, y lo peor es, que esta inconstancia va debilitando el amor á la virtud, hasta que da insensiblemente en una funesta facilidad de dexar el bien por el mal, la virtud por el vicio. Fervor como el de la infiel Judá, de la que dice Jeremias, que se volvió á su Dios con un propósito falaz y mentiroso (b).

Guardaos, hijas, de este fervor, que no es mas que un sutil artificio del amor propio, que aun en lo mas santo quiere tomar partido: guardaos de esa vívora ponzoñosa, dice San Bernardo, probad ese fervor en la agua de los zelos, para ver si es puro; quiero decir, que os entregueis á la voluntad

(a) Math. cap. 23. (b) Jerem. cap. 3.

ajena, y aun en las practicas más santas vuestra luz sea la obediencia. Este sepulcro de la propia voluntad, como le llama el Abad Climaco, es más agradable á Dios que los sacrificios.

Aunque veáis en el coro el rostro de Dios rodeado de la gloria del Tabor, si llega la hora del trabajo levantaos á prisa, no queráis fixar allí vuestra mansion, porque se os dirá lo que á San Pedro, que no sabéis lo que pensáis (a), pedireis más tiempo de oracion, añadiréis practicas de piedad; pero si los Prelados no lo aprueban, si eso os imposibilita para el trabajo, callad, aunque os lo nieguen; vuestra peticion es indiscreta como la de la muger del Zebedeo (b).

En nada agradareis á Dios si vuestro fervor está mezclado con propia voluntad. ¿Qué cosa más santa que el ayuno? Pues Dios le prohibe á su pueblo porque le practicaba, segun su capricho, en frase de Isaias (c). ¿Qué cosa más sabrosa que el maná? Pero si no se recogia segun la ley, se convertia en gusanos. Por eso, hijas, observad esta regla para los aprietos en que os veáis: quando aquel Monge de Egipto quiso vivir sobre una columna, dixo el Prelado que le mandasen por obediencia baxar de ella, y si lo executaba prontamente le dexasen allí, pero si lo reusaba le baxasen con violencia, porque estaba engañado del demonio. ¿Lo oís? Pues no abandoneis esta virtud si no quereis ser vencidas con esta tentacion. Esta es aquella regla eterna que nos escusa la molestia de averiguar á cada paso qual sea la voluntad de Dios: nos escusa las ansiedades que acompañan siempre á nuestras determinaciones: precave los engaños que nos pudieran seducir; lo diré de una vez, nos descarga de nosotros mismos para poner

(a) Marc. cap. 16. (b) Math. cap. 26. (c) Is. cap. 48.

nos en manos de Dios y baxo de su amparo.

¡Oh! baxo esta mano obradora de prodigios, ¡cómo debereis los consuelos de la paz y de la justicia! ¡Qué suaves serán las cadenas que os unirán al esposo! Pero mirad que no siempre percibireis estas dulzuras. Vendrán días en que caigan sobre vosotras como una copiosa lluvia las tentaciones de disgusto. Atencion os pido para que aprendais como os habreis de librar de sus asaltos: *Præpara animam tuam ad tentationem.*

SEGUNDO PUNTO.

¡Qué vida tan igual fuera la que abrazais, si la felicidad del principio correspondiera al fin! La inclinacion, la novedad, el gusto sensible, y la viveza de la gracia suaviza en el principio todos los ejercicios de la religion. Todo se cumple con una puntualidad igualmente alegre que exácta. El gusto sensible se derrama por nuestras potencias como un precioso licor, que rebosa por los labios del vaso que le encierra. Pero este atractivo pasa, y nada queda que haga amables las obligaciones del claustro. La oracion se hace penosa, la regla inobservable, el claustro habitacion de monstruos devoradores. Cada paso nos cuesta un nuevo esfuerzo, parece que se ha amortiguado en nosotros todo el fuego del amor: se camina á tientas y á ciegas por medio de un árido desierto sin saber adonde vamos: á cada paso se encuentran precipicios sin descubrir mano que sostenga, se ignora si Dios está favorable ó enemigo, si se pecca ó se merece: se rezela como Job en todas las obras, y sólo se encuentra martirio en los ejercicios de piedad. Todo es desconsuelo, como sucedia á los Israelitas en las orillas de los rios de Babilonia; todo es náusea y sinsabor como el maná en

el desierto (a). ¿Lo creéis hijas? Pues este es el estado en que se ven muchas almas: estado terrible, tormenta deshecha, en que el piloto mas diestro suele naufragar, y en el que pereceria sin duda el que no velase sobre sí para ponerse cuidadosamente á cubierto de esta tentacion.

La mas peligrosa señal de una salud alterada, ó que comienza á alterarse, es el disgusto de los manjares mas propios para excitar el apetito. Ya desde entonces se hace juicio de que hay en el cuerpo algun fermento venenoso, y se emplean todos los socorros del arte para precaver sus funestos efectos. Ved aquí como debeis pensar del disgusto en las prácticas de piedad. Él es buena señal para el que vive con indiferencia y sin inquietud de una conciencia desarreglada, ó es un testimonio del peligro de caer. Me explicaré hijas con mas claridad. Hay un disgusto en la religion que viene de Dios, otro cuyo fondo está en nosotros mismos. El uno es prueba de Dios, el otro nace de la indiferencia de nuestro corazon, la que quiere Dios corregir.

Disgusto que es prueba de Dios. Hijas ahora os trata Dios como á un niño, despues os tratará como á un varon robusto: ahora sostiene vuestra debilidad con leche, mañana os dará pan amasado con agenjo. ¿Qué sentireis, hijas, entonces de vuestro Dios? ¿Direis que os ha criado para condenaros? ¿Le mirareis como á esposo de sangre? ¿Caereis en aquel escandalo acerca de la Providencia, si me es lícito llamarle así con San Agustin, escandalo que ha desenfrenado á los impíos, y turbado á los justos?

Aguardad pusilanimos. Vuestro mismo corazon protege la causa de Dios: él os dice que ese Dios que os aflige, es aquel Dios de tan piadosas en-

(a) Numerorum cap. 21.